

griegos parecen haber entendido primitivamente por ella la fuerza vital, el principio vivificante; comprendían también vagamente que esto debía de ser un principio metafísico, y, por consiguiente, no sometido á la muerte. Así lo prueban, entre otras, las investigaciones que nos ha conservado Stobeo sobre la relación entre  $\nu\omicron\upsilon\varsigma$  y  $\psi\upsilon\chi\eta$ .

10) ¿Sobre qué descansa la identidad de la persona? No es sobre la materia del cuerpo, puesto que en pocos años se renueva enteramente. Tampoco es sobre su forma, que cambia en conjunto y en sus partes, salvo la expresión de la mirada que permite reconocer á un hombre al cabo de largos años. Esto prueba que, á pesar de todos los cambios que el tiempo produce en el hombre, hay en él algo que permanece indemne; á ese algo se debe el que le reconozcamos después de largo intervalo de tiempo y que le hallemos el mismo que era antes, como nosotros nos reconocemos por los mismos, pues á cualquier edad que lleguemos siempre nos sentimos interiormente idénticos á lo que fuimos en la juventud y aun en la niñez.

Lo que permanece idéntico, lo que no envejece en nosotros es la esencia misma de nuestro ser, que se halla colocada fuera del tiempo.

Se imagina que la identidad de la persona descansa sobre la de la conciencia. Si por esta última entendemos el encadenamiento de los recuerdos de nuestra vida, no basta eso. Apenas poseemos más recuerdos de nuestra existencia que de una novela leída tiempo atrás, pues sólo alcanzamos á recordar una mínima parte. Los acontecimientos principales, las escenas interesantes se graban en nuestro espíritu, pero de lo demás olvidamos mil hechos por cada uno que recordamos. Cuanto más envejecemos, más se va borrando

todo en nuestra memoria, sin dejar vestigios. La vejez, las enfermedades, una lesión del cerebro, la locura, pueden privarnos totalmente de la memoria, pero la identidad de la persona no por eso desaparece. Descansa sobre la identidad de la voluntad y sobre el carácter indeleble de ésta. La voluntad es también lo que da á la mirada su expresión constante. El corazón y no la cabeza es la base del hombre. Por virtud de los lazos que nos ligan con el mundo exterior, estamos acostumbrados á considerar como lo que constituye nuestro propio ser al sujeto del conocimiento, al yo consciente, el cual, fatigado cada noche, se desvanece durante el sueño, para lucir cada mañana más resplandeciente, después de haber adquirido nuevas fuerzas. Pero éste no es nuestro yo, ni otra cosa que una función del cerebro. Lo que está oculto tras todo esto, aquello que no sabe más que querer y no querer, estar satisfecho ó descontento, con todas las modificaciones designadas por las palabras *sensaciones, emociones, pasiones*, eso es nuestro yo, el núcleo de nuestro ser. Esto es lo que produce lo otro, lo que no duerme cuando lo otro duerme, lo que permanece intacto cuando lo otro es aniquilado por la muerte.

Todo lo que pertenece á la conciencia está sujeto al olvido; nada hay, hasta los actos de alta importancia moral, cuyo recuerdo no se nos escape á veces, á la larga. No sabemos con exactitud y con pormenores cómo nos hemos conducido en tal circunstancia crítica lejana. Pero jamás olvidamos nuestro carácter propio, del cual son meros testimonios nuestras acciones, y ese carácter es hoy el mismo que era hace tiempo. La voluntad en sí misma es permanente, porque es inalterable é indestructible; no envejece, no es física, sino metafísica, no pertenece al fenómeno, es el

fenómeno mismo. En el capítulo XV he demostrado, y no hay para qué repetirlo, cómo la identidad de la conciencia, dentro de sus límites posibles, descansa también sobre la voluntad.

11) Aristóteles, en el libro en que compara los objetos apetecibles, dice entre otras cosas: Vivir bien vale más que vivir (Jop., III, 2). De ahí por una doble concordancia puede deducirse que «no vivir vale más que vivir mal». Esto es evidente para la inteligencia, pero la casi universalidad de los hombres prefiere vivir muy mal á no vivir de ninguna manera. Este apego á la vida no puede tener su razón de ser en su objeto, pues la vida, como hemos visto en el libro IV, es un dolor continuo, ó al menos es, como veremos en el capítulo XXVIII, un negocio que no cubre gastos. Luego este apego tiene que estar fundado en el sujeto. Pero no descansa sobre la inteligencia, no es el resultado de la reflexión, ó, en términos generales, de una elección; ese querer vivir es algo que existe de suyo, un *prius* del intelecto. Nosotros mismos somos ese querer vivir, y por eso debemos vivir bien ó mal. Únicamente por ser el apego á una vida tan poco digna un hecho *a priori* y no *a posteriori*, es como se explica ese temor desmesurado de la muerte inherente á todo ser humano, que La Rochefoucauld enuncia en su última máxima con candidez y con una rara franqueza, y sobre el cual temor está fundado, en último término, el efecto de la tragedia y de las acciones heroicas, efecto que no se produciría si estimáramos la existencia en su valor objetivo.

Ese mismo *horror mortis* es lo que ha dado origen á la sentencia favorita del vulgo de que es preciso estar loco para matarse; pero explica al mismo tiempo el asombro mezclado con alguna admiración que el sui-

cidio provoca hasta en el pensador, pues esta acción es tan opuesta á la naturaleza de todo ser viviente, que en cierto sentido no podemos menos de admirar al que la ejecuta, y hasta su ejemplo nos tranquiliza pensando que en el peor caso nos quedaría siempre ese camino, de lo cual dudáramos si la experiencia no nos lo atestiguara. El suicidio, en efecto, parte de una decisión del conocimiento, pero nuestro querer vivir es un *prius* del conocimiento. Esta nueva consideración, expuesta más por extenso en el capítulo XXVIII, confirma igualmente la supremacía de la voluntad en la conciencia.

12) Por el contrario, nada demuestra mejor la naturaleza secundaria, dependiente y condicionada de la inteligencia que su intermitencia periódica. En el sueño profundo cesa todo conocimiento toda representación. Pero nuestra esencia, la parte metafísica de nuestro ser, la que preexiste necesariamente respecto de las funciones orgánicas como su *primum mobile*, no puede entregarse al descanso sin que cese la vida, ni tiene tampoco necesidad de reposo, por su índole metafísica, y, por tanto, incorpórea. Así, todos los filósofos que admiten por principio metafísico un alma, es decir, un ser espontáneo y esencialmente cognosciente, se han visto obligados á sentar que el alma jamás deja de conocer y de pensar, que prosigue sus funciones hasta durante el sueño, si bien no nos queda recuerdo alguno al despertar. Pero fué fácil comprender la falsedad de esta hipótesis tan luego como las lecciones de Kant consiguieron descartar esa noción de un alma.

El sueño y la vigilia demuestran claramente, á todo espíritu no prevenido de antemano, que el conocimiento es una función secundaria que, como to-

das las demás funciones, tiene por condición el organismo. Sólo es infatigable el corazón, porque sus pulsaciones, así como la circulación, no están bajo la dependencia inmediata de los nervios, sino que son la manifestación espontánea de la voluntad. Todas las demás funciones fisiológicas, que son gobernadas por los ganglios, los cuales no tienen más que una comunicación indirecta y lejana con el cerebro, continúan igualmente durante el sueño; sólo las secreciones se hacen un poco más lentas y los latidos del corazón, por su dependencia de la respiración, dirigida por el sistema cerebral (*medulla oblongata*), se retardan también al compás de la respiración. El estómago adquiere su mayor actividad durante el sueño, lo cual debe atribuirse á su relación especial con el cerebro, relación que de ordinario determina mutuos impedimentos que no pueden producirse durante el sueño, puesto que entonces huelga el cerebro. Sólo éste, y con él el conocimiento, caen en completa inactividad en el sueño profundo, pues aquél es el ministerio de lo exterior, como el sistema ganglionar es el ministerio del interior.

El cerebro, con su función de conocer, es un centinela que la voluntad ha establecido en lo alto, en la cabeza, para sus relaciones con lo exterior, á fin de espiar por las ventanas de los sentidos, por donde puede amenazar un peligro, de donde puede venir un socorro, para que, enterado, le informe y ella pueda decidirse. La condición de este centinela, como sucede en todo servicio activo, es un estado de tensión y de esfuerzos fatigosos, por lo cual se deja relevar con júbilo cuando cumple su período de vigilancia. El sueño se encarga de darle por relevado, y de ahí viene la sensación del placer con que nos entregamos á él. De

ahí procede también la sensación desagradable que experimentamos cuando nos despiertan, pues esto equivale á llamar al centinela para que ocupe su puesto; se siente casi en este momento la penosa diástole que sucede á la bienhechora sistole, la disyunción que se opera de nuevo entre la inteligencia y la voluntad. Si la supuesta alma fuese un ser primordial y originariamente conocedor, debería, por el contrario, al despertar, sentirse en un estado de bienestar parecido al del pez que vuelve á su elemento.

Durante el sueño, en el que él sólo continúa funcionando la vida vegetativa, la voluntad está sola y trabaja entonces conforme á su naturaleza primitiva y á su esencia, sin estorbos exteriores y sin que su fuerza resulte disminuida por la actividad del cerebro y los esfuerzos del conocimiento, que es la función orgánica más laboriosa, aunque no es más que un medio y no un fin para el organismo.

En este estado, toda la actividad de la voluntad se halla encaminada á la conservación, y si es preciso, á la restauración del organismo; las curaciones, las crisis saludables se efectúan siempre durante el sueño, pues la *vis naturae medicatrix* no posee toda su libertad de acción sino cuando se halla descargada del peso de la función intelectual. El embrión, ocupado en formar su cuerpo, duerme sin interrupción, y el niño recién nacido pasa durmiendo la mayor parte del tiempo. Esto es lo que da á entender Burdach (*Fisiología*, V, III, p. 484) cuando define muy exactamente el sueño llamándole el *estado original*.

En lo concerniente á la necesidad del sueño para el cerebro, apelaré, para explicarme con exactitud, á una hipótesis que parece haber sido enunciada primeramente por Neumann en su obra *De las enfermedades*

de los hombres, 1834, vol. 4.º, § 216. Según esta hipótesis, la nutrición del cerebro, ó sea la renovación de su sustancia por la sangre, no puede efectuarse durante la vigilia, porque la suprema función orgánica que tiene por objeto el conocimiento y el pensamiento, sería alterada ó detenida por la función inferior y material de la nutrición. Esto explica el hecho de que el sueño, no siendo más que un estado puramente negativo, la simple suspensión de la actividad cerebral tenga, también sin embargo, un carácter positivo. Este carácter positivo aparece ya en el hecho de que no hay sólo una diferencia de grado entre el sueño y la vigilia, sino una separación bien marcada, la cual se anuncia cuando nos hallamos dormidos, por ensueños, cuyos objetos son totalmente extraños á los pensamientos que nos ocupaban momentos antes. Otra prueba de ello es que cuando un ensueño nos agita, nos esforzamos vanamente en gritar, ó en rechazar una agresión imaginaria, ó en sacudirnos del ensueño. Podría creerse que la comunicación entre el cerebro y los nervios motores, ó entre el cerebro y el cerebelo (coordinación de los movimientos) se halla interrumpida, pues el cerebro permanece aislado y el sueño nos tiene asidos como con garras de hierro. Por último, el carácter positivo del sueño se muestra también en que el hombre necesita de una cierta fuerza para poder dormir; una fatiga excesiva ó la debilidad natural nos impiden conciliar el sueño, ó como se dice en latín, *somnum capere*. Así se explica también que para que llegue el sueño es preciso que la obra de la nutrición haya comenzado. El cerebro necesita haber sido cebado, por decirlo así. La afluencia más abundante de sangre hacia el cerebro, la posición de las manos cruzadas instintivamente sobre la cabeza, posición que

favorece esa afluencia, todo eso se explica por la operación de la nutrición, de igual modo que la necesidad que tienen los niños de dormir mucho, mientras dura el crecimiento del cerebro, así como el poco sueño que han menester los viejos, en los cuales ha comenzado ya una cierta atrofia del cerebro y de los demás órganos. Por la misma razón se explica cómo el exceso de sueño provoca un embotamiento relativo de la conciencia, por efecto de la hipertrofia momentánea del cerebro, la cual, si el abuso del sueño llegara á hacerse habitual, podría consolidarse y conducir á la idiotez; *ανη και πολος ύπνος (noxae est etiam multus somnus)* Od. 15-394.

La necesidad del sueño se halla, pues, en relación directa con la intensidad de la vida cerebral, ó en otros términos, con la claridad de la conciencia. Los animales, cuya vida cerebral es débil y vaga, tales como los peces y los reptiles, duermen poco y ligeramente; á propósito de esto, debo recordar que el sueño invernal no tiene de sueño más que el nombre, pues no es sólo el cerebro lo que está inactivo, sino todo el organismo, por manera que ese estado es una especie de letargia. Los animales de inteligencia desarrollada duermen profundamente y mucho tiempo. El hombre tiene tanta más necesidad de sueño cuanto más desarrollado se halla su cerebro en cantidad y calidad y cuanto mayor es su actividad cerebral. Montaigne refiere de sí mismo que siempre fué un gran dormilón, que el sueño ocupó gran parte de su vida y que todavía en su ancianidad dormía de un tirón ocho ó nueve horas. Lo mismo se cuenta de Descartes. Kant se había señalado á sí mismo siete horas de sueño, pero le costaba tanto trabajo satisfacerse con ellas, que había ordenado á su criado que le obligara á levantarse á

hora fija, á pesar de cuanto pudiese decir ó hacer al ser despertado.

Cuanto más perfectamente despierto es el hombre, es decir, cuanto más clara y viva es su conciencia, mayor es para él la necesidad del sueño y más profundamente duerme y durante más tiempo. La mucha meditación ó algún trabajo intelectual fatigoso aumentan la necesidad del sueño. Los esfuerzos musculares seguidos predisponen también al sueño, y esto se explica, porque en este caso el cerebro por mediación de la medula oblonga, de la medula espinal y de los nervios motores envía á los músculos de una manera continua la excitación que ha de provocar su irritabilidad, y de ese modo agota su fuerza; la fatiga que experimentamos en los brazos ó en las piernas tiene su asiento real en el cerebro, de igual modo que el dolor que sentimos en los miembros y que reside efectivamente en el cerebro; la condición es idéntica para los nervios motores como para los sensitivos. Los músculos que no son activados por el cerebro, los del corazón, por ejemplo, jamás se fatigan. Por eso es imposible pensar con claridad mientras se están haciendo grandes esfuerzos musculares ni inmediatamente después.

La energía del espíritu es menor en el estío que en el invierno, lo cual obedece, en parte, á que se duerme menos en verano. Cuanto más profundamente se duerme, mejor se despierta luego y más *despierto* se está. Pero esto no es una razón para prolongar el sueño demasiado, pues pierde entonces en intensidad, es decir, en firmeza y profundidad lo que gana en extensión, y en tal caso es una pura pérdida de tiempo. Esto es lo que da á entender Goethe (en la segunda parte del *Fausto*), cuando hablando de la somnolencia matinal, dice: «el sueño es una corteza; arrójala.»

Así, pues, el fenómeno del sueño demuestra plenamente que la conciencia, la percepción, el conocimiento, el pensamiento no son lo primordial, sino un estado secundario y condicionado. Son un lujo, el lujo supremo de la naturaleza, y cuanto más ostentosamente se adorna con él, menos puede sostenerlo sin interrupción. Son el producto, la floración del sistema nervioso cerebral, sistema alimentado como un parásito por el resto del organismo. Esto se relaciona también con lo que expuse en el tercer libro, es á saber: que la conciencia es tanto más límpida y perfecta cuanto más se desprende y desvía de la voluntad, por donde nace la concepción estética y puramente objetiva, al modo que una esencia es tanto más pura cuanto mejor separada se halla del cuerpo de que fué extraída y cuanto más completamente clarificada está de todo residuo. Lo contrario sucede con la voluntad, cuya manifestación más inmediata es toda la vida orgánica y primeramente el infatigable corazón.

Esta consideración última forma ya la transición al capítulo siguiente, con cuyo objeto es conexas, pero debo añadir todavía una observación. En el sueño magnético, la conciencia se desdobla produciéndose da series de conocimientos perfectamente encadenados cada una, pero distintas por entero la una de la otra; la conciencia en vigilia nada sabe del conocimiento somnambúlico. La voluntad, empero, conserva su carácter y permanece idéntica en ambos estados, manifestando las mismas inclinaciones y repulsiones. Y es que la función puede desdoblarse, pero la esencia jamás.